

lino es la ciencia de los hombres, sino la sabiduría de Cristo; no la erudición de los Padres, sino la asistancia del Espíritu Santo, que aseguran al Concilio las promesas divinas, y por ningún concepto á los doctores particulares. Fuera de que admirablemente absurdo es lo que vemos ocurrir á este propósito. Hombres que nada entienden de Teología, y que hasta conocen poco el Catecismo, no bien un teólogo se declara contra la infalibilidad pontificia, lo ponen sobre las altas nubes como un ingenio superlativo y como un sábio milagroso, al paso que los demás que la sostienen son topos que nada ven. La autoridad de los poquísimos contrarios los mueve de tal manera, que se quedan persuadidos; la autoridad de otros innumerables, que son favorables, no tiene á su juicio peso ni valor. En verdad que quien así procede no necesita de ninguna suerte atribuir á otro el propio engaño, bastando que penetre dentro de sí mismo para encontrar al engañador.

XXV.

Sentimientos de gratitud y de amor.

Conclusion.

Por último, los fieles deben á Dios un sentimiento afectuoso de gratitud y amor por la proclamada definición. Y lo comprenderá incontinenti quien haya comprendido también que sólo es una salvaguardia potente, preparada por Dios á los católicos, en el tiempo de la mayor necesidad. Si ella es un medio más fácil para la conservación de la fé, ¿qué otra gracia más señalada podría Dios hacernos? Consideren los cristianos lectores que la fé es la raíz y el principio de todo el bien que aguardamos en el orden sobrenatural, tanto en la vida presente como en la futura. Mire la multitud inmensa de hombres, cuya fé naufraga diariamente aun entre los católicos, porque se arrojan en brazos de una

impía filosofía, y porque admiran el protestantismo inconsideradamente; éstos, porque ansian la religión del sentimiento, aquéllos porque se abandonan al racionalismo, y algunos porque hasta se dan á las supersticiones diabólicas del espiritismo; mirando todo esto, no podrá dejar de alegrarse grandemente viendo erigido en la proclamada definición un baluarte fortísimo contra tan deplorable ruina. De la preciosidad reconocida del don no será difícil inferir la gratitud, el reconocimiento y el amor á la infinita Bondad, que nunca permite ningún riesgo á sus fieles sin proporcionarles pronto nuevos medios de salud que los preserven.

Nuestra gratitud no se debe ocultar en el fondo de nuestros corazones, sino que debe asimismo expresarse con la externa profesión de las obras. No es ciertamente necesario promover la cuestión de la infalibilidad cuando ninguna circunstancia lo requiere; pero en la hipótesis de que la saquen á relucir, no es lícito disimular ni encubrir nuestra convicción, y mucho ménos ponerse á combatirla ó á ensalzar á quien la combata. En las cuestiones de fé, como lo advierten los santos Doctores, nunca es lícito dejar la sospecha de que somos contrarios á ella. El honor que debemos á la veracidad divina, que se complació en revelarnos las cosas que debíamos creer, exige que por ninguna oposición ó temor humano nos avergoncemos de confesar lo que lleva el sello del divino testimonio. Ahora bien: la infalibilidad pontificia es un dogma revelado por Dios (lo hemos dicho más arriba), tanto como el misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnación, de la Eucaristía, y cualquiera otra verdad revelada, debiendo, por consiguiente, confesarlo con la misma sinceridad y constancia, si queremos pertenecer á Jesucristo.

Es que seremos escarnecidos y llamados estúpidos, imbéciles, clericales. Los mártires del Hombre-Dios fueron, no sólo escarnecidos, sino despojados, proscritos, condenados á las cárceles, á las hogueras y á los suplicios de todas clases, por la defensa de la fé, mentando muchos las historias eclesiásti-

cas que vertieron su sangre para sostener las definiciones del Concilio de Nicea. No sería, pues, gran cosa que nosotros, para defender lo mismo, tuviéramos que sufrir alguna irrisión ó escarnio, mucho más si se considera que tales befas, por la naturaleza de los que se las permiten, tienen valor escaso. ¿Quiénes son, por último, los que se burlan de la infalibilidad pontificia, como se burlan de las otras verdades de fé? En las conversaciones, los más trívulos, los más ligeros, y, digámoslo también, los más ignorantes. Hombres que han pasado la vida en la disolución, que han empleado su ingenio en acaparar bienes y goces, que han disipado el corazón en lecturas sórdidas ó impías, que no han aprendido nunca, ó han olvidado hace mucho tiempo el Catecismo. Son jóvenes educados sin conciencia, sin religión, sin Dios, que consideran el alma como sal de la carne, á fin de que no se pudra. Son mujeres perdidas en todas las vanidades y delicias del mundo, que, con traje más ó menos elegante, han llevado todo género de vida. Son sectarios malignos, que en los conciliábulos secretos han jurado odio perenne á Jesucristo y su Iglesia. Quien tiene la experiencia del mundo, sabe que tales son los temerarios que hablan contra las prerogativas del Papa. Ahora bien: ¿qué importan las befas, las risas y las declamaciones de tales infelices? Hay que reputarlas una gloria más que una ignominia, y útiles más que dañosas, porque ya desde ahora introducen aquella separación que desgraciadamente, si continúan oponiéndose á la verdad, deberá ser eterna entre ellos y los verdaderos secuaces del Redentor.

Concluyamos este breve escrito con una observación. Entre los bienes que sobre la tierra poseemos, el mayor de todos es, sin comparación, la verdad religiosa, referente al justo concepto de Dios y al modo de conseguirlo. En el siglo actual, en que todas las verdades religiosas son alteradas, desconocidas, confundidas y renegadas, ha hecho Dios resplandecer con una luz nueva la autoridad que debe afirmarlas todas y ponerlas en seguro,

dándonos con esto una prenda de que no ha desheredado al mundo de los auxilios que necesitan los fieles á través de las edades. Tiempos infelices hubo en épocas pasadas, no son alegres los actuales, y podrían surgir otros más tristes en el porvenir. El demonio y el mundo perpetuarán siempre aquella lucha vaticinada á la Iglesia mientras es militante. Cónstanos que cuando lleguen los últimos tiempos surgirán las pruebas más horribles que se hayan visto en el mundo, hasta el extremo de que, si fuese posible, hasta los elegidos caerían en error. Empero desde ahora Dios ha preparado el remedio tan fácil como seguro. Todos los que sean dóciles á la palabra del Vicario de Jesucristo, quedarán preservados de todo peligro de error; todos los que desobedezcan á la Sede Apostólica, serán trasportados y envueltos en el bátrato de la impiedad. ¡Felices los que cada vez más estrechándose á Jesucristo en la persona de su Vicario, recibirán con humildad sus enseñanzas, y, formando ahora parte de la Iglesia de Cristo, preservados de los peligros y de los errores del tiempo, formarán parte de la Iglesia que triunfará en el cielo perpétuamente!

FIN DEL APÉNDICE.